

Como todos los años, José Perona publica unos poemas de su obra, *Libro de la memoria de la vida y de la muerte*, en recuerdo de quienes un día fueron los seres queridos o simplemente los contemporáneos. En este día en que los cementerios se transforman en jardines, a imagen y semejanza de los Campos Elíseos, estas lápidas recogidas de camposantos y libros son una memoria emocionada de las visitas a algunos cementerios, a algunas tumbas célebres y a las bibliotecas que recogen el fulgor de vidas y obras míticas o anónimas. Recuerda, lector o lectora, que tú, un día, también serás olvidado. Procura, pues, ser polvo, más polvo enamorado y medita ante estas lápidas la rapidez con que se agosta la hermosura de las rosas.



In memoriam

JOSE PERONA

J. E. Z., marmolista

Jaime Esquivel Zamora, huérfano tempranero, fue recogido por el abuelo Benito, cuidador del cementerio de... Nunca pisó una escuela, pues el abuelo Benito aseguraba, con Nietzsche, que la escuela era la madre del Reich. Jaime aprendió a leer en las lápidas y fueron buriles sus lápices. De su abuelo heredó el desprecio por la ampulosidad y por Picasso, la Antología Palatina y la convivencia con la muerte. A los 14 años leyó con arrobamiento la carnicería que Caius Suetonius Tranquillus intituló *De vita Caesarum*. A los 17 conoció la muerte edificante que la monarquía goda aseguraba a sus amados reyes. A los 21 supo que un Dante reaccionario utilizó el infierno «pro domo sua» al aplaudir el asesinato de Henry de Almain a manos de Monfort Guy en la iglesia de San Vicente de Viterbo. A los 24 años leyó en Alfonso de Valdés el exterminio de la ciudad más puta del continente europeo y supo de la destreza de los Sforza, de los Visconti, de los Gonzaga para combinar el mecenazgo artístico con el envenenamiento y la sangre. A los 29 visitó los cementerios de Le Père-Lachaise y el de Luarca. Se envenenó a los 33. Sus mármoles se hallan distribuidos por todos los cementerios y museos europeos. Esculpó formas clásicas, mármoles de clase media y lápidas «heavy».

G. M. Z., escultor

Nadie te mira, piedra, cuando, monte o alcor o cordillera, ocultas las formas aún inexistentes.

Pero si un pico te rompe y te desgaja de tu etapa neolítica y un buril

guiado por sueños u Olimpiadas te cincela de Hermes, Antinoo, David, o esboza un preludio o refleja un caballo, los nombres, las marcas que semantizan la creencia, el olvido, la perfección o las monedas abundantes del mercader de esclavos y esencias, y te canta el poeta, y el volumen exacto lo firma Fidias, Miguel Angel, Donatello, y la mirada constata el arquetipo y la mano confirma el canon clásico, entonces, piedra, encarnas la dignidad del hombre, la belleza, la precisión altiva del poder, y mi nostalgia ante tanto urinario público con firma y de diseño, ante tanta herrumbre y tanto calcetín.

Marónide

Yace aquí la vieja esponja de tinajas, la beoda Marónide, sobre cuya tumba hay una copa ática bien visible a todos. Bajo tierra gime, mas no por los hijos ni el esposo a quien dejó en la indigencia, mas sólo porque esta copa está vacía.

(«Antología palatina», vol. I. Traducción de Manuel Fernández-Galiano. Gredos, Madrid, 1978. El poema es de Leónidas.)

